MELODÍA DE LUZ

MOIRA BUFFINI

MELODÍA DE LUZ

TRILOGÍA DE LA ANTORCHA. LIBRO I



Traducción de
Pilar Ramírez Tello

GRANTRAVESÍA

Melodía de luz

Título original: *Songlight*

Todos los derechos reservados a © Moira Buffini, 2024

Publicado por primera vez en inglés con el título de SONGLIGHT
por Faber & Faber Ltd., Londres

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Mapa e ilustraciones: © 2024, David Wyatt

D.R. © 2024, Editorial Océano S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2024

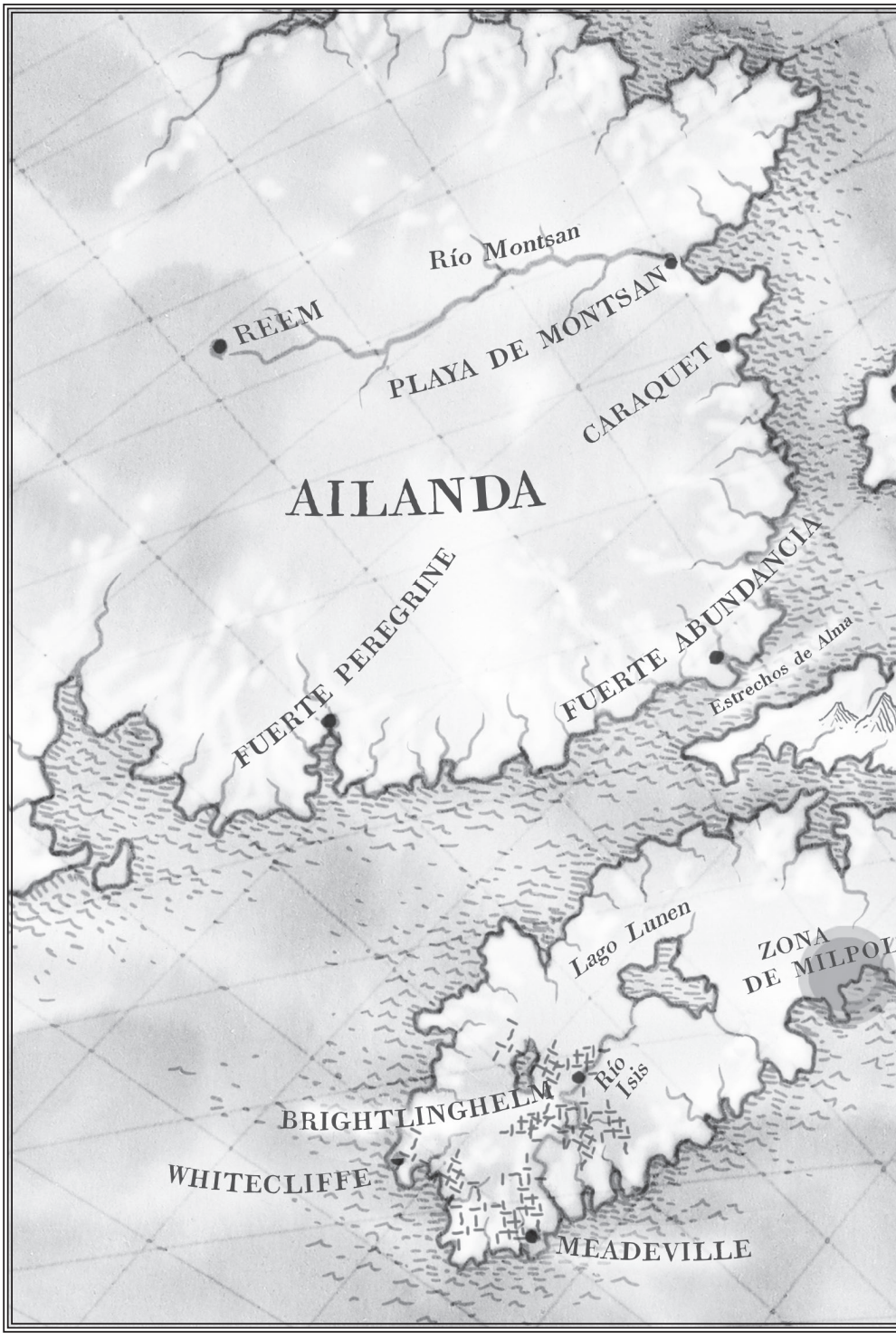
ISBN: 978-84-129087-4-9 (Océano España)
ISBN: 978-607-557-915-3 (Océano México)
Depósito legal: B 22278-2024

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

impreso en españa / *printed in spain*

9005882011224

Para Midie


Río Montsan
REEM
PLAYA DE MONTSAN
CARAQUET
AILANDA
FUERTE PEREGRINE
FUERTE ABUNDANCIA
Estrechos de Alma
Lago Lunen
ZONA
DE MILPOL
Río
Isis
BRIGHTLINGHELM
WHITECLIFFE
MEADEVILLE


N
MAR de SIDÓN
NORTHAVEN
MERCADO DE BORGAS
Río Borgas
BRILANDA
LA ESPESURA
GRAN OCÉANO PALÁNTICO
50 Millas

Siempre en pos del equilibrio,
concédenos sabiduría
para guiarnos en la creación.

Antigua plegaria a Gala.
Fragmento del *Libro del Infortunio*.

PRÓLOGO

KAIRA

Voy a salir de mi dormitorio por última vez. No puedo llevarme nada conmigo, ya que se supone que es un día de compras normal. Me pongo el abrigo. Llevo años sin cambiarlo, y me avergüenza que me asomen los brazos, tan largos, por las mangas, como las suaves garras de un polluelo. Me miro en mi espejito. Después de hoy, no volveré a hacerlo. Tengo diecisiete años, aunque nadie lo diría. Soy pequeña para mi edad, la enfermedad me ha dejado en los huesos y sigo plana como una tabla. Las gafas gruesas no ayudan. No me atrevo a pensar en lo que estoy a punto de hacer. El corazón me late con fuerza contra las costillas.

«Deja de pensar —me digo—. Vete ya». Cierro la puerta del cuarto al salir.

Me llega el olor a col y jamón. En la cocina, mi última madre está cocinando. Me consuela pensar que no tendré que probar de nuevo su pastosa comida.

—Me voy al mercado —aviso.

Ishbella levanta la vista. Cuando llegó a nuestra casa era elegante, lucía vestidos tiesos con pliegues afilados como cuchillas y siempre se pintaba los labios de rojo. Ahora parece

cansada y gastada, y todo lo que digo le chirría como una uña en una pizarra.

—¿Qué pasa con las botas de tu padre? —pregunta.

—Ya he terminado —sonrío, y señalo un par de botas militares relucientes.

—Tráeme una lata de pasta de pollo —dice.

—No —respondo para mí. Y me voy.

El aire fresco me golpea. Es embriagador. El viento sopla a mi alrededor de camino al mercado, aunque ése no es mi destino. Voy a escapar.

Envío una fronda mental al aire, como me ha enseñado Cassandra. Una única nota solitaria de melodía de luz enviada con suma precisión. Noto que toca su espíritu.

—Estoy de camino —le digo.

Siento que la presencia de Cassandra se ilumina al dejarme entrar en su consciencia. Por un momento, veo el mundo a través de sus ojos. Está saliendo del trabajo, camina por el pasillo hacia la entrada del hospital. Pasa junto a un médico veterano y lo saluda con la cabeza.

—Buenas noches, enfermera —le oigo decir.

Cassandra sale del edificio. Camina con elegancia, con un paso ligero y ágil, muy distinto al de mi cojera. Cuando estoy con ella en la melodía de luz, siento una felicidad tan repentina e intensa que me resulta casi doloroso. Bañarme en su luz… Es como vivir el perfecto día de verano.

Cuando estaba en el hospital, Cassandra fue la enfermera que me salvó la vida. Percibió mi melodía antes de que yo me atreviera a darle nombre.

«Sabes lo que eres, ¿verdad?», me preguntó sin usar la voz, aunque la oí perfectamente. Contesté del mismo modo.

«Una inhumana».

«No —contestó ella—. No uses nunca esa palabra. Eres una antorcha».

Ahora veo los charcos de luz de la explanada delante de ella. Las grandes turbinas de la ciudad giran con la brisa y se alzan sobre ella como un bosque de metal.

—¿Recuerdas cuál es el punto de encuentro? —pregunta.

—Sí, estoy lista.

Percibe que tengo el pulso acelerado, mi inquietud.

—La libertad no es fácil. Es peligrosa. Pero es lo correcto.

—¿Adónde iremos? —pregunto.

—Es mejor que no lo sepas. No tengas miedo, pajarito.

—No lo tengo.

Desearía que no me llamara «pajarito». Sé que lo hace por seguridad, que no debemos decir nuestro otro nombre, ni siquiera en la melodía de luz, por si alguna sirena está escuchando. Pero ese «pajarito» me hace sentir como si fuera una niña, como si tuviera que cuidarme.

Ante mí se alza la estación de tranvía, construida al imponente estilo de los Hermanos. Subo despacio al andén, poniendo cuidado en cada paso. Empiezo a cansarme, así que me paro a recuperar el aliento. Cada día estoy más fuerte, pero la fiebre consuntiva ha dejado huella: me canso muy deprisa y tengo la pierna derecha un poco más flaca que la izquierda. Algunos días me duele tanto que necesito bastón. Sin embargo, tengo más suerte que otros. Al menos, he sobrevivido.

El andén está abarrotado, hay ciudadanos a ambos lados de las vías. Intento no mirar al inquisidor que está en lo alto de la escalera, con su uniforme oscuro. Paso junto a él intentando parecer lo más sumisa posible y recorro el andén. Por fin veo que llega Cassandra. Ella también pasa junto al inquisidor y me

guiña un ojo. Siento una alegría reluciente. Lo cierto es que seguiría a Cassandra hasta el fin del mundo.

Pienso en los días que pasaré a su lado, y esa luz se convierte en un resplandor que me calienta y me inspira valor. Ya no estoy inquieta.

Voy a ser libre.

De repente, pienso en mi padre y me siento un poco mal, pero el esfuerzo de ocultar quién soy es ya insoportable. Soy consciente de que mi secreto habría salido a la luz tarde o temprano, y de que mi padre habría sufrido una agonía por tener que destruirme. No puedo ser la hija que desea.

Cassandra permanece apartada, como si fuéramos desconocidas que esperan el tranvía. No tendré miedo. No albergaré dudas. Pretendo ser merecedora de su amistad y su cuidado. Me permito mirarla un instante, mientras el alma entera me brilla de amor y gratitud.

Y, entonces, sucede.

Veo que algo parpadea en la atmósfera, a su lado. Una figura masculina la mira. Atisbo a un hombre que lleva un traje barato y un sombrero para taparse la cabeza afeitada. Es uno de los nuestros, una antorcha a la que han capturado y que ahora, a cambio de su vida, usa su melodía de luz para atrapar a otras.

Es una sirena. Y tiene a mi bella Cassandra en el punto de mira.